

Vasos sucios en la madrugada

Manolo D. Abad

Vasos sucios en la madrugada

septem 
ediciones

Índice

1. Una sirena en la noche	7
2. El parricida de Sotrondio	11
3. Gin Fizz	15
4. La víctima y su espejo	27
5. Un argumento peligroso.....	33
6. Disco man	43
7. La memoria del búho	49
8. Mata a un jubilado [no es pecado]	55
9. Jaque al Rey	61
10. Cabos sueltos	69
11. La asignatura de la miseria.....	81
12. Blues para un jueves	89
13. La Folie	97
14. Blackout	113

I

U n a s i r e n a e n l a n o c h e

Una sirena sonaba a lo lejos. No sabía dónde estaba, tumbado, sin tener un recuerdo claro de cómo había llegado hasta un lugar del que sólo divisaba una pared blanca frente a mí. El sonido de la sirena pareció acercarse hasta que se introdujo en mi mente con una fuerza e intensidad obsesivas. Traté de moverme pero el cuerpo no me respondía. Una gota de sudor cruzó mi frente hasta llegar a mi nariz y caer hasta la comisura de mis labios. Intenté abrirlas, apenas lo conseguí, sólo lo justo para que la gota entrara en mi boca y probara su regusto amargo. La sirena seguía chillando, cada vez con más fuerza en mi mente. Hice un esfuerzo sobrehumano por olvidar su persistente tintineo, por recordar algo anterior a este momento de pesadilla.

Pensé en algo agradable. Quise con todas mis fuerzas pensar en algo agradable. Quise pensar en la última vez que me dijeron “te quiero”; la última o la única mujer que me hubiera dicho “te quiero”. La última o la única mujer que me amó, que realmente me hubiera amado. El dolor en el costado se me hacía cada vez más insoportable. Traté de pensar en sus cabellos rubios, los de aquella mujer cuyo rostro me

era imposible vislumbrar, aquella —la única— que me amó de verdad, aquella que se entregó hasta el último momento, aquella que me amó sin trucos ni cortapisas. Ella me había amado de verdad, veía sus labios, pero no podía contemplar su rostro. El dolor del costado cada vez era más difícil de soportar.

Creo que me desmayé.

Margarita Soneira cruzó el oscuro umbral de la puerta del centro comercial donde acababa de finalizar su jornada diaria como cajera de hipermercado. Suspiró profundamente y contempló los edificios colindantes, absorta, deseando que ese extraño momento de paz durase horas. Sólo fueron unos segundos, los segundos más hermosos del día. Ese momento en que todo parecía detenerse, en que parecía que los problemas tendrían solución, en que parecía que una luz de esperanza podría iluminar el camino equivocado por el que su vida se desparramaba. Una mujer le ofreció una mano de mimosas, y ella pensó, cómo no. Un bonito oasis en tantos momentos tristes. Aceptó. Quizás podría haber solución, quizás el hombre de su vida podría ser recuperado. Le dio a la gitana dos euros por dos bonitos ramos. Casi no veía en torno a sí. Llegó a la casa común y ese hombre que un día fue confundido con el príncipe azul que todas las mujeres creen hallar, ese hombre que se torna un impedimento, el hombre que está ahí y nunca encuentra a esa mujer que ha alcanzado el lugar donde nunca creyó llegar. Margarita abrazó y olió el ramo que llevaba en sus brazos, su hombre no percibió sus